

UNO

Era un día cualquiera, pero sin dejar de serlo iba a tener algo de especial. Un día de esos en que las cosas no te han salido ni del todo bien ni del todo mal pero estás un poco harta de cuanto te rodea. Como un autómata robotizado apreté el botón que accionaba automáticamente la apertura de las puertas de mi coche e introduje la llave de arranque activando la puesta en marcha. No me percaté de que la palanca de cambios de velocidad no estaba erguida, esperando a que alguien la desplace para empezar la marcha, sino más bien inclinada levemente hacia la izquierda y al soltar el embrague el vehículo se estremeció bruscamente y se paró en seco. Despotriqué contra mi hijo que me había pedido el coche para hacer unos recados y, una vez colocado el artefacto en punto muerto, volví a girar la llave. Varias luces se encendieron en el panel de control, pero como no sabía muy bien que significaban, aunque intuí que sería por el despropósito cometido con anterioridad, proseguí con mi plan de escapada. No me sentía cómoda y tuve que adelantar el asiento. Otra de las cosas de mi hijo. ¡Por qué Dios le habrá hecho tan alto! — me dije. Me costó alcanzar el nivel óptimo de posición, unas veces por mi espalda, otras por mis piernas, y me juré que no se lo volvería a dejar nunca más, como hacía cada vez que esto ocurría. Ciertamente con más frecuencia de la deseada. ¡Qué tonterías! Dentro de un rato estaría nuevamente graduando el asiento a su nivel. Cosas de madres — pensé.

Bueno, insisto en que era uno de esos días raros, esos que todos tenemos en la vida, en que intuimos que pueda ocurrirnos algo especial, o que sin pensarlo nos ocurre. Enfilé la avenida con dirección a mi domicilio, intentando apartar mis pensamientos de la rutina del trabajo para comenzar con otra no menos desagradecida, la de la casa. Un ir y venir de ropa sucia y limpia; un mecanizado automático y monótono de lavadora y de algo peor, la plancha; un sistema rutinario y manual de sartenes y cazuelas, de descongelación y cocinado; una inspección ordinaria de habitaciones no habitables que exasperan al más pacífico; una compra por hacer y personas con pocas ganas de colaborar. Para colmo todos los semáforos, unos diez hasta llegar a mi casa, los encontré en rojo. Despotriqué para mis adentros. Era un día raro, sin duda alguna. Luego comprendí que tenía que ser así, que algo me esperaba en uno de ellos. Lo inimaginable también tiene cabida en la realidad. Y, efectivamente, en una de esas tediosas e interminables esperas, mientras unos se meten el dedo en la nariz sintiendo el placer del desalojo o simplemente el cosquilleo del roce del dedo contra los pelillos nasales, otros cambian la emisora de su radio para escuchar las noticias del día, o tal vez el cedé de la mañana porque están cansados de la misma melodía, o hablan por teléfono con sus familias anunciando su próxima llegada, o simplemente miran por la ventanilla como hacía yo, algo cambiaría mi vida. Mi mirada se perdía en la lejanía sin precisar contornos ni formas, luces o sombras, tratando de fundirme y confundirme con el amplio espacio exterior que flotaba sobre los árboles y edificios del entorno. No podría decir si el cielo era gris o azul, con nubes o despejado. Solo era yo elevada a la máxima potencia de mi ser, ese que ha dejado de ser material para convertirse en espíritu y flotar libre de cargas. No me había fumado nada, ni siquiera bebo, aunque pareciera estar en trance. De pronto, mis ojos se apearon del horizonte y volvieron al ardiente y negro asfalto. Giré la cabeza y una mirada clavada en mi coche me sorprendió. Sin darla permiso, accedió a los recovecos más

inaccesibles de mi alma trasformándola por completo. Venía de una de las ventanillas laterales de un mono volumen gris, no recuerdo la marca, pues tampoco entiendo mucho de ellas. Aquella mirada me hipnotizó de tal manera que el tiempo, en mi vida, se detuvo en ese instante. Cuando me volvió la serenidad, y se hizo tangible cuanto me rodeaba, me di cuenta de que esa mirada no se dirigía a ningún sitio. Era una mirada perdida que se cruzaba una y mil veces con la mía, sin percatarse de mi presencia, pero dejando un lastre en mi cerebro difícil de eliminar. Una mirada tierna, hermosa, pero llena de tristeza. Su corta edad hacía más patética la escena. Era la mirada de una niña. Una mirada cuya profundidad podría ser envidiada por la del océano. La pequeña tenía recostada su cabecita sobre la silla de seguridad, levemente inclinada hacía el cristal que comunicaba con el exterior, como queriendo huir del entorno que le rodeaba o, simplemente, contemplándolo como algo ajeno y extraño. Su cuerpo, amarrado por los arneses de protección que le hacían aún sentir más preso en el habitáculo, se percibía desfondado. Algo se me desgarró por dentro al encontrarme con su mirada. Elevé los párpados hacía arriba, forzando la mía, como queriendo ponerles a su altura, notando como los músculos de mis ojos se estiraban y vibraban al compás de mi corazón que aumentaba sus latidos por segundo. Permanecí así un buen rato contemplando aquella imagen. Manteniendo una postura que generalmente se asocia a un estado sobrenatural de la mente, pero sin perder el estado de alerta. Postura que también ponemos cuando queremos recuperar un elemento de información ya pasado u olvidado, esperando que nos baje del cielo. Los cuadros de religiosos y religiosas los muestran a menudo en esta posición, con los ojos elevados, un antiguo método para alcanzar el estado de meditación propio del misticismo. Pues meditar no es otra cosa que volver al estado natural del ser humano. Lejos de ser una figura en trance, sí permanecí estupefacta ante el hechizo de aquella mirada.

A su lado, otra criatura, también de corta edad, alzaba sus brazos y piernas, en señal de alegría, de vida plena. Una señora joven, al volante, volvía la cabeza de vez en cuando, supongo que dialogando con la que más se movía, pues la otra no respondía. La sonreí, pero no me correspondió. Insistí, pero no lo conseguí. Su cara parecía de cera. El maestro que la había diseñado, gran escultor del universo, había puesto toda la inspiración en los ojos. Unos ojos grandes, con un iris entre marrón y verde y una pupila que filtraba la luz pero se negaba a aceptar y difundir las imágenes. ¿Por qué? ¿Qué misterios escondía?

El semáforo, el cual me hubiera cabreado en otro momento por su tardanza, cambió de traje bruscamente sin darme tiempo a percatarme de ello pues seguía perdida en aquella mirada que la puesta en marcha del vehículo me arrancó de cuajo. El resto de los conductores presionaron con fuerza el claxon sacándome, bruscamente, del estado de ensimismamiento que me embargaba. Aceleré para ver si podía alcanzar al monovolumen gris pero, cuando estaba a punto de hacerlo, su intermitente anunció que giraba a la izquierda en el próximo cruce. Todo perdido pues yo me encontraba en el carril que me facilitaba el acceso al lado contrario. Llegué a mi casa con aquella mirada impresa a fuego en mi mente, intentando descifrar su contenido, elucubrando sobre los enigmas que me trasmitía y me era difícil adivinar. Mi silencio, cosa poco habitual en el reencuentro familiar, me delataba.

— ¿Te pasa algo? — me preguntaron.

— No. He tenido un mal día y estoy un poco cansada — expuse sin dar más explicaciones.

Qué iba a decir. Qué podía contarles sin que pensarán que estaba perdiendo la olla, como comentaban a veces cuando me enfadaba por el desorden, o por la falta de valores, o por la pasividad con que enfrentaban la vida siendo su ego el centro de sus mayores preocupaciones... Muchas veces el silencio es el mejor aliado, el mejor amigo en el que se puede confiar.

Aquella noche me desperté dos veces y al abrir los ojos lo primero que vislumbré fue aquella mirada profunda y triste. No recordaba nada más de su rostro. Si era guapa o fea, si tenía el pelo largo o corto, moreno, rubio o castaño... No recordaba más que aquella cautivadora mirada perdida, Dios sabe dónde, anclada en un pasado que me inquietaba. Yo no era cotilla, no me gustaba saber ni meterme en la vida de los demás y, sin embargo, algo había cambiado aquella mirada, con su poder omnímodo de captación, en mi interior que me llevaba irremediabilmente a la curiosidad más prosaica.

Varias veces, a lo largo de la semana siguiente, calculando la hora a la que ese día había salido del trabajo, intenté hacer coincidir ese momento irrepitable, pero fue imposible. Ningún coche gris a la vista. Otras caras, otra gente, otras miradas, pero no aquella mirada. Siempre regresaba a mi casa de mal humor y apesadumbrada. Tendría que quitarme aquella historia de la mente, me repetía a mí misma, ya que no tenía ni pies ni cabeza. Tal vez solo mi imaginación, mi soledad encubierta por una pasta azucarada de vida nueva, hacía fantasear mi cerebro tratando de aliviar mi espíritu. Y es que los humanos, a veces, incluso rodeados de mucha gente, nos sentimos tan solos que buscamos nuevas emociones o hurgamos en volátiles recuerdos, que poco a poco se difuminan por falta de consistencia, porque la ilusión es más necesaria que la realidad. Intenté convencerme de que aquello solamente había sido una sensación, una necesidad necesaria para seguir alentando mi vida, una percepción personal tan fugaz como anodina. Cualquier cosa con tal de aferrarme a la tierra de la esperanza, tratando de evitar mi partida a ese otro lugar deshabitado de mi alma colmado de soledad y apatía.

Habían pasado tres semanas, tal vez más, no recuerdo bien, cuando de nuevo y en el mismo semáforo, un día que volvía de hacer unas compras, en horas totalmente intempestivas, un coche mono volumen gris se colocó a mi izquierda. Esta vez sí, esta vez sí era ella de nuevo. Mi corazón se disparó ufano sin poder controlar su ritmo.